



# El ajedrez del caballero Carroll

Pedro Alcoba

*La obra imaginativa de Lewis Carroll, casi inaprensible en su diversidad de factura y tono, ha suscitado un sinnúmero de lecturas y relecturas. Comenzamos este expediente con un asomo al problema de la seudonimia o heteronimia del autor inglés*

*...irresistible excitación...: acercarme a usted por un negativo...*  
—Lewis Carroll

I

LA FOTOGRAFÍA QUE APARECE en esta página se encuentra en la portada de una edición de las obras completas de Lewis Carroll (Barnes & Noble, 2001). Contrariamente a lo que nos invita a pensar la edición, sostengo que quien aparece en la imagen no es Carroll sino Charles Dodgson, lógico matemático que, de 1851 a 1898, estudió y trabajó en la Universidad de Oxford. Por mucho tiempo se ha considerado que los dos nombres se refieren a la misma persona: el primero sería su seudónimo y el segundo su nombre real u ortónimo. Semejante creencia es falsa. En la fotografía aparece el profesor de matemáticas y lógica. La imagen de aquel que urdió los libros de Alicia nunca se imprimió en papel fotosensible.

A pesar del error en la portada, la edición acierta en omitir algunos libros que se le asignan a Carroll y que introducen complicaciones en su obra. Se agradece principalmente la exclusión del manual denominado *Lógica*





Ilustraciones de John Tenniel para *A través del espejo*

*simbólica*, cuyas tesis centrales contradicen el universo que experimenta en *Alicia en el país de las maravillas* y en *A través del espejo*. Aunque los ejemplos abundan, al punto que la obra literaria pareciera el doble invertido de ese texto lógico, me gustaría detenerme en un caso impor-

importante. Dice el curso de lógica que es posible definir a una cosa de manera correcta si utilizamos dos nombres para ello: uno que diga el género al que pertenece y otro que señale su diferencia, con el fin de que podamos así ubicar su especie. La aventura que sufrió Alicia la llevó a poner en duda este proceso. Perteneciente al género de las niñas, ella siempre pensó que su diferencia consistía en ser pequeña y que poco a poco crecería. Las muchas cosas que ingirió en el país de las maravillas le demostraron lo contrario. No sólo la hicieron “crecer más grande” —como sería normal en una chiquilla— sino que también la hicieron “crecer más pequeña”. Al ver que se desarrollaba en ambos sentidos, Alicia perdió su diferencia específica y se supo un objeto indistinto.

Según Fernando Pessoa un seudónimo es la expresión de un autor en su propia persona, salvo en el nombre que lo firma. Varios testimonios señalan que Charles Dodgson, el aburrido profesor de lógica de la Preparatoria de Oxford, dio clases con *Lógica simbólica* en mano. Se dice también que invitaba a sus alumnos a que dejaran a la diosa de la razón entrar en su visión del mundo. Para Carroll, por el contrario, el juego estaba por encima de la identidad conceptual, y el lenguaje tenía la tarea de reírse de ese tipo de presupuestos lógicos. Aseverar que Dodgson se hacía llamar con

el nombre “Lewis Carroll” es ignorar la clara diferencia entre estas dos personalidades.

El citado manual de lógica, en su introducción, señala la importancia que tiene un “amigo genial” para discutir y aprender esta disciplina. Dodgson fue ese importante

camarada que le enseñó lógica a Carroll y le permitió formular las paradojas que atraviesan tanto el país de las maravillas como el tablero de ajedrez de *A través del espejo*. Carroll fue también un cofrade importante de Dodgson. Aquel que se dejaba ver cuando sus pequeñas amigas estaban alrededor y había que contar un cuento y embelesar a las jóvenes pervirtiendo el lenguaje. Carroll aparecía cuando empezaba la literatura.

## II

La imagen que debería estar en la portada de las obras completas de Lewis Carroll es la del Caballero Blanco que salva la vida de Alicia en el octavo capítulo de *A través del espejo*. El que aparece a caballo en las ilustraciones de John Tenniel es precisamente Carroll. Son las únicas que poseemos de él. Tal hipótesis nos aleja del inoportuno Dodgson y nos sitúa desde el inicio en el interior del texto literario.

Carroll le escribió a Tenniel lo siguiente: “El Caballero Blanco no debe tener bigotes; no debe verse como alguien mayor”. Tenniel lo desobedeció al realizar la primera exégesis del texto y dibujar a un hombre adulto cuya edad contrasta con la que tiene la pequeña Alicia, como si quisiera evocar la relación

entre el cuentacuentos y la niña Liddell. Carroll nunca le reprochó a Tenniel su interpretación. Sin embargo, podemos partir de una evidencia más contundente para reforzar nuestra idea: en 1990, entre los objetos de Carroll que aún se conservan, Jeffrey Stern encontró un tablero de juego dibujado a mano. Aunque no se han podido descifrar sus reglas, al otro lado de esa superficie, en una manuscrita idéntica a la de Carroll, es posible leer una dedicatoria donde él mismo se identificaba con el hombre a caballo en las ilustraciones: “Para Ben Olive Butler, de *El Caballero Blanco*”.

En su autorretrato literario Carroll se presenta como un inventor de cosas y estrategias irrealizables que sólo pueden tener sentido en el mundo de la ficción; esta peculiaridad propia del Caballero Blanco podría extenderse al autor de los libros de Alicia. Su literatura conforma superficies para el juego donde los objetos imposibles y las situaciones ilógicas adquieren coherencia. Un claro ejemplo es el campo de croquet de la Reina Roja. En él las bolas son erizos que cambian de posición; los mazos, flamencos rosas inconformes con su tarea, y los arcos, soldados que curvan sus cuerpos de naípe a cuatro patas y de repente deciden incorporarse e irse a otro lado. Todo está dispuesto para el seguro triunfo de la Reina Roja, que amenaza con cortar la cabeza al que no acepte las reglas de ese heterodoxo juego. Como sucede en este caso, a veces los jugadores logran ejercer su poder para plegar el juego a sus propios intereses. En *A través del espejo* Carroll hace poco caso de los objetivos propios del tablero de ajedrez. En dos ocasiones la Reina Blanca deja pasar la oportunidad de realizar un jaque mate al Rey Rojo; en otra, el Rey Blanco se ve amenazado di-

rectamente por la Reina Roja pero no parece inmutarse. Vestido del Caballero Blanco, Carroll se inmiscuye en la única tirada que nos revelará el verdadero sentido del juego: aquella en que elimina al Caballero Rojo, salva al peón Alicia y grita “¡Jaque!”; a pesar de que el único al que puede matar es su propio rey.

### III

El Caballero Blanco en que se encarna Carroll es un remedo de Don Quijote. Su desalineada armadura y su actitud vital con respecto a la caída los emparentan. El Caballero Blanco cae y parece el títere de alguien que juega al ajedrez de manera distraída (¿Carroll?). Don Quijote también cae con frecuencia, aunque en su caso las novelas de caballería parecieran ser su titiritero. Su tropiezo y desgracia siempre son fruto de confundir la literatura con la realidad. Esto también le sucede al Caballero Blanco cuando, al comenzar su discurso sobre el arte de montar, se precipita al suelo. Los dos finalmente comparten la vocación de salvar damiselas en peligro para ganar su gratitud. Pero aquí es donde se establece una distancia, y Don Quijote se refleja en el Caballero Blanco como en un espejo que develara su negativo: a diferencia del primero, el segundo no



fracasa en la conquista porque su ambición es más modesta, el Caballero Blanco sabe que eso sólo será posible en el mundo de la literatura. Don Quijote lee el mundo y en él intenta demostrar la veracidad de sus libros, y fracasa. El Caballero Carroll demuestra en un libro la posibilidad de un mundo donde las acciones heroicas pueden llegar a buen fin, y triunfa.

Don Quijote ignoró el mundo y le sobrepuso un entorno de ficción; Carroll *fictionalizó* un mundo ignorando el sentido común y lo transcribió en un libro para una niña querida. Así surgieron los libros de Alicia que Carroll escribió únicamente para perpetrar su amor por la pequeña. La combinación de lo ridículo y lo admirable, de lo patético y lo risible, en el Caballero Blanco, es parte de una estrategia para permanecer en la memoria de Alicia. Estas emociones resaltan a contraluz. De todos los personajes que la niña conoce en sus aventuras en el país de las maravillas o sobre el tablero de ajedrez, el Caballero Blanco es el único que parece estar genuinamente interesado en ella y ofrecerle ayuda. Ella es protagonista de dos libros que curiosamente narran la pérdida de su identidad; no es gratuito que el Caballero Blanco le ofrezca una nueva: convertirse en reina.

Antes de que eso suceda, el Caballero Blanco solicitará una gratificación simbólica por sus servicios —de esas que nunca le fueron otorgadas a Don Quijote—. La niña acepta despedir al Caballero moviendo su pañuelo para así darle ánimo en su camino de vuelta. Alicia pronto sería mayor, y Carroll organiza un ritual en el texto para decirle adiós. Se aprovecha entonces del mundo de la literatura donde la lleva a comportarse de manera entrañable. No busca la autenticidad de sus gestos sino su perpetuidad como apariencia literaria. Sin duda debió de haberla amado como a la misma encarnación de la inocencia y la belleza. Para seducirla sólo le quedó comportarse como un hombre afable pero de imaginación retorcida.

#### IV

En *A través del espejo* Carroll buscaba cifrar un mensaje para la pequeña Alice Liddell que le anunciara, primero, que él tenía ya un lugar en su memoria y, segundo, que ella era parte del sueño que él había soñado. Carroll escribe un poema muy similar al que solicitó Don Quijote al bachiller Sansón Carrasco, “unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora” y que llevaran al principio de cada línea una letra de su nombre. Así, al final del libro puede leerse un poema que comienza así:

A boat, beneath a sunny sky  
Lingering onward dreamily  
In an evening of July –  
Children three that nestle near  
Eager eye and willing ear...

Evoca Carroll aquel paseo en bote en el que compuso las aventuras de Alicia y escribe un verso con cada una de las letras del nombre “Alice Pleasance Liddell”. Y es que, como dice Don Quijote, “si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron esos versos” o, más aún, ese libro.

El tablero de *A través del espejo* es la superficie literaria que le permitirá a Carroll permanecer en la memoria de Alicia y apoderarse de ella. Lo dice la niña de manera explícita en la novela: de todas las cosas que vio durante su viaje, la imagen del Caballero Blanco siempre fue la que recordó con más claridad. Es esto un ejercicio de ajedrez perverso que lleva el acto de seducción a sus últimas consecuencias y separa de manera contundente a Carroll de Dodgson. Este último, diácono de la Iglesia de Inglaterra, hombre de vida casta y apacible, nunca se hubiera aprovechado del lenguaje para atrapar en él a una niña, volverla parte de un sueño y en esa imagen aislar su negativo literario, aquel en que la real Alice Liddell tendría que reconocerse durante toda su vida. ▀